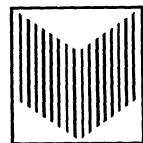


Carlos Subirats Rüggeberg
Introducción a la sintaxis léxica del español



LINGÜÍSTICA IBEROAMERICANA

Vol. 13

DIRECTORES: Gerd Wotjak y Eberhard Gärtner
Centro de Investigación Iberoamericana
Universidad de Leipzig

María Teresa Fuentes de Morán
Universidad de Salamanca

**CONSEJO DE
REDACCIÓN:** Valerio Báez San José; Ignacio Bosque; Henriqueta Costa
Campos; Ataliba T. de Castilho; Ivo Castro; Violeta Demonte;
Luis Fernando Lara; Lúcia Maria Pinheiro Lobato; Elena M.
Rojas Mayer; Rosa Virginia Matos e Silva; Ramón Trujillo;
Mário Vilela

Carlos Subirats Rüggeberg

Introducción a la sintaxis léxica del español

Vervuert · Iberoamericana · 2001

Die Deutsche Bibliothek – CIP-Cataloguing-in-Publication-Data
A catalogue record for this publication is available from Die Deutsche Bibliothek.

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2001
Amor de Dios, 1 - 28014 Madrid
Teléfono: 34 91 429 35 22
Fax: 34 91 429 53 97
iberoamericana@readysoft.es
www.iberoamericanalibros.com

© Vervuert, 2001
Wielandstrasse, 40 - D-60318 Frankfurt am Main
Teléfono: 49 69 597 46 17
Fax: 49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.vervuert.com

ISBN 978-84-95107-88-6 (Iberoamericana)
ISBN 3-89354-783-5 (Vervuert)

Depósito legal: M. 7.241-2001

Impreso en España por Publidisa
Este libro está íntegramente impreso en papel ecológico sin cloro

Para Lucía

[...] llegamos a la otra parte de la Academia, donde [...] residían los proyectistas del saber especulativo.

El primer profesor que vi estaba en una habitación enorme con cuarenta discípulos a su alrededor. Después de saludos, viéndome mirar con interés un aparato que ocupaba la mayor parte del largo y ancho de la habitación, dijo que tal vez me sorprendiera verle dedicado a un proyecto para el perfeccionamiento del conocimiento especulativo por medio de procedimientos prácticos y mecánicos; pero que el mundo pronto conocería su utilidad, y se jactaba de que nunca idea más noble y sublime brotó del cerebro de otro hombre; que todo el mundo sabe cuán trabajoso es el método habitual de adquirir artes y ciencias, mientras que con su invento el más ignorante podía, a un precio razonable y con un pequeño esfuerzo físico, escribir libros de filosofía, poesía, política, leyes, matemática y teología con la mínima necesidad de ingenio o estudio. Me llevó luego ante el aparato, alrededor del cual todos sus discípulos estaban colocados en filas. Tenía seis metros por cada uno de sus cuatro lados y ocupaba el centro de la habitación. La parte superior estaba formada por varios trozos de madera del tamaño aproximado al de un dado, pero unos mayores que otros. Todos estaban unidos entre sí con varillas metálicas. Estos trozos de madera estaban cubiertos por cada cara con papeles pegados, y en estos papeles estaban escritas todas las palabras de su idioma en sus diferentes modos, tiempos y declinaciones, pero sin orden ninguno. El profesor me rogó luego que estuviera atento, pues se disponía a poner su máquina en funcionamiento. A una orden suya, cada uno de los discípulos empuñó una manilla de hierro de las cuarenta que había fijadas alrededor de los bordes del aparato y, dándoles un giro brusco, la disposición toda de las palabras cambió completamente. Mandó luego a treinta y seis de los jóvenes que leyeron despacio las diferentes líneas según aparecían sobre el aparato; y cuando encontraban tres o cuatro palabras que podían formar parte de una oración las dictaban a los otros cuatro muchachos, que eran copistas. Esta tarea se repitió tres o cuatro veces, y el aparato estaba ideado de tal forma que a cada giro las palabras adoptaban nuevas posiciones según se daban la vuelta los taquitos de madera.

Seis horas diarias pasaban los jóvenes estudiantes ocupados en esta labor, y el profesor me enseñó varios volúmenes en infolio grande llenos de frases partidas, que pensaba juntar y de aquel material tan rico dar al mundo un corpus completo de todas las artes y ciencias, que no obstante podría perfeccionarse y acelerarse todavía más si el público recaudara un fondo para construir y mantener quinientos aparatos semejantes en Lagado, y obligar a los encargados a cooperar en común con sus respectivas recopilaciones.

Jonathan Swift. 1726. *Los viajes de Gulliver*, trad. esp. P. Hernández. Madrid: Anaya, 1991, pp. 200-202.

